

A C T I T U D E S

LAS FLAMAS DE LO FOGARIL

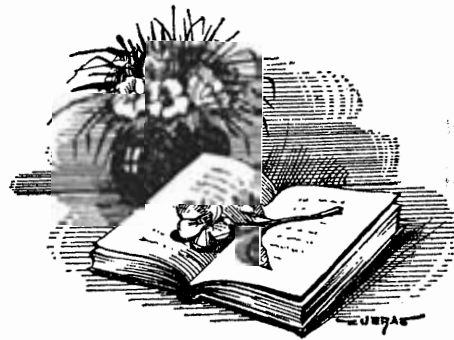
POR VEREMUNDO MÉNDEZ COARASA

*!Qué altas que puyan las flamas,
en las nuestras chamineras,
cremando fáus y caxicos,
buxacos y ramas secas!
Fan relucir los follíns,
de cientos de fumateras,
fendo chuegos, cullebriando
por lo canaril, que a preba,
ye metíu, en cien añadas,
aguantando ixas fogueras,
sin quexarse, ni tartir,
que, tanto fuego lo crema.
Lumbre roya y blanquiñosa,
toda la cocina emplena,
fendo achiquir lo tederu,
en do se crema la tieda
u a la luz de la bombilla,
que a darla blanca, no i-plega;
relucen los caminals,
los puchés y las cazuelas,
los cercillos de ferradas,
las polidas espederas
y las baldosas, fregadas,*

mas limpias que la patena.
Las flamas, chisporrotiando,
ven fendo cayer ta tierra,
muitas purnas y purnallos,
que lo fogaril replega.
Cayen por mils las bolisas
de cenisa y fán por tierra,
motiando, muitos adornos,
como la nién fá por fuera.
Los güellos te s'encandilan
fito a fito ta la leña,
que, ardiendo, fa mil figuras
y más de arder, te calienta.
Las bolisas que te cayen,
las segudes enta tierra,
pero no apartas los güellos,
de la leña que se crema,
ni de las flamas, que puyan
altas, por la chaminera.
Una nuey, recién cenáus,
mirando las flamas yeran,
prexinando cada cual,
u pensando a su manera,
rodiando lo fogaril,
toda una familia entera,
en aquella nuey d'ivierno,
que l'ausín chiflaba fuera,
chelando a la niéu, que empliba,
los telláus y las carreras.
Yeran bién aposentáus,
en dreita y zurda cadera
y cara a cara lo fuego,
bellos, en escamilletas,
escuitando, que lo güelo.
fablaba d'estas maneras:
A mi, porque ya so viello,
muita vida no me queda,
pero a éstos fogarils
y polidas chamineras,

que, por cientos, las añadas,
todas, u cuasi, las cuentan,
a morir son condenadas,
como yo, por estar viellas.
De caxicos, de buxacos,
de fáus... ¡Qué güenas bagueras,
los fogarils consumiban,
en todas las casas chesas!
En las nueys de Navidá,
en otras que febas veila,
u por matar los cochins,
heban que moler especias.
Cuando se feba colada;
cuando la casa «creceba»,
cuando la casa «menguaba»
y en muitas vispras de fiestas.
Ya no s'aguantan las chéns,
que por debán se calientan,
lo chelarse por dezaga,
que las balda y las amuela.
Ye muito lo que se gasta,
si has que carriarte la leña
y más agún si la compran,
los que carriarla no puedan.
Agora no bi-há otra cosa,
que espedicios de la sierra,
pino, abete y fáu, mulláus,
que la güena, la se levan,
por dar algo de triballo,
por un zarpáu de pecetas.
¡Qué caras que han a costar,
si espulláus, los móns, se dexan!
La vida que ve trayendo,
con lo tiempo, cosas nuevas,
fa aqui, como en otros puestos,
que muitas cosas se pierdan.
Levan calzón, cuatro viellos.
Ya se'n fueron las gorgueras.
Rondas no'n sientes dinguna;

ilo tañer, ye una fatera!
 ¿Bailar la jota? ¡Soniando!
 ¡Xo, antis más, diz que feban.
 Albadas y palotiáus,
 romances y sobremesas,
 iz que cien años te zaga,
 aquí'n lo lugar, bi-n-beba.
 Agora lis ve tccando
 la vez a las chamineras,
 que no n'ba quedar dinguna,
 ni p'amostrarla pa muestra.
 'Ah, mal empleáu lugar,
 empliu de cosas tan güenas;
 cómo lo tiempo, traidor,
 te ve dexando sin d'ellas!
 Ya no tartié mas lo güelo;
 miré lo fuego que ardeba
 y lo altas que puyaban,
 las flamas, la nuey aquella.
 Poco a poco se apagueron,
 como si s'besen dáu cuenta,
 de lo que d'ellas fablaba
 y s'besen muerto ide pena!



EN LA CAJA, DESNUDO

(CUENTO BREVE)

POR FÉLIX FERRER GIMENO

ENTREABRIÓ la puerta. La hermana, callada, pálida, miraba inmóvil al padre echado en el lecho. La respiración desacompasada, lenta, del enfermo, delataba al trance desesperado de la muerte.

—Llegó carta, ¿sabes?, por eso estoy aquí. ¿Qué ha pasado?

—Nada... Hambre, enfermedad. Lleva dos días así. Quiere vivir, pero muere.

El hermano se subió el cuello de la chaqueta y miró el cuerpo maltrecho del padre. Una manta, raída, lo cubría.

—¿Por qué no hay sábanas?

—Se vendieron.

Le asustó la desolación y una angustia incontenible estremeció su ser.

—Llama al médico; se muere.

—¿Para qué?

—Puede salvarse.

—No, ya no vive. Murió hace tiempo...

El hijo coge la mano al padre. Se inclina y procura darle calor con sus labios. El pulso, débil, deja de sentirse.

—Está muerto.

—¡Muerto!

La hermana se incorpora y busca algo en el cajón hecho con tablas viejas. Es armario, mesilla, baúl. Saca un libro y lo abre.

—Pon esta estampa en el pecho de padre.

—¿Has pensado en la iglesia?

—Sí, ayer estuvo el párroco.

—¿Confesó?

- Oí que hablaba.
—¿Qué te dijo?
—Que estaba en paz con Dios.
—¿Nada más...?
—Que éramos muy pobres y que el pobre podía tener el alma rica, que era lo que importaba. La parroquia hará por ayudarnos.
—Ahora hay que pensar en el entierro.
—¡Y en la ropa!
—¿Qué pasa con la ropa?
—Padre no tiene qué vestir. Habrá que meterlo en la caja, desnudo.
—¿Empeñada?
—Sí.
—¿Cuánto te dieron?
—Veinte duros.
—Los tengo; no me quedan más, pero los tengo.
—No sirven.
—¿Por qué?
—Vendí la papeleta.
—¿Qué hacemos?
—No sé; tú eres hombre.
—Pruébale mi chaqueta.
—Le viene grande.
—Es igual; pónsela, y los pantalones y la camisa.
—¿Y tú?
—¡Yo...!
—Está guapo, ¿verdad?
Ahora llora. Se echa en la cama y con sus dedos largos, finos, de niña, acaricia la frente, los ojos, los cabellos del padre; luego, besa al hermano.
—Toma los veinte duros.
—¿Para qué? No hacen falta ya.
—Sí, cómprale flores.
—Es verdad, ¡flores...!
Reza. (Quizás piense como san Agustín: «...una flor se marchita...; una oración... Dios la recoge»).
- Y le cierra los párpados, conmovida.